

la flota que al mando del comendador de Rodas Fray D. García de Loayza, despues de cruzar el Atlántico y de salvar el peligroso estrecho de Magallanes, navegaba en el Pacífico con rumbo á las Molucas. Refiere D. Antonio de Herrera que el 25 de Julio de 1526, un patache de la flotilla de García de Loiza, que mandaba Santiago de Guevara, separado de las otras naves que seguian su direccion á las Molucas, se acercó sin saberlo á las costas de México. No teniendo batel en que dirigirse á tierra un clérigo, Juan de Arraizaga, se metió dentro de una caja, que flotando sobre la agua y atada con cuerdas para seguridad, fuese llevada por las olas hácia la playa. Como á un cuarto de legua de tierra, la caja se volcó, y el clérigo se ahogaba ya, pero cinco indios de los que andaban en la playa, lo sacaron salvo. Fué bien recibido en un pueblo cercano, cuyo cacique dió aviso á un gobernador español que se hallaba á veintitres leguas de distancia. Toda la tripulacion desembarcó despues y fué tratada espléndidamente por el mismo cacique y el gobernador cristiano. El pueblo en cuyas inmediaciones desembarcaron los tripulantes del patache, era Mazatlan en Chiapa, y el gobernador español residia en Tehuantepec.¹ Despues de algunos dias de descanso, se acordó que el clérigo Arraizaga fuese á México para pedir á Cortés los ayudase en la continuacion de su viaje á las Molucas, y que entre tanto el patache llegase al puerto de Tehuantepec, en que se esperaria el socorro.

El navío llegó en efecto á Tehuantepec á principios de Setiembre de 1526. El capitán se dirigió á la villa de Oaxaca, en donde murió poco despues. En México, sabidas las noticias que llevó el clérigo Arraizaga se determinó que continuase la navegacion en el mismo navío el capitán Hernán Pérez Bocanegra. Cortés quiso hablar ántes con el piloto de Guevara, por lo que Fran-

¹ D. Antonio de Herrera, Déc. 3, lib. 9, c. 6.

cisco Maldonado fué "en postas tomando cavallos á la dicha provincia"¹ á fin de traerlo á México, lo que demuestra que sin embargo del estado de guerra de algunos pueblos zapotecas, habia ya en ese tiempo en los caminos de Oaxaca y de Tehuantepec, estaciones con caballerías que sin duda comenzaban á abundar. El navío de Guevara estaba tan maltratado que no pudo navegar, por lo que Bocanegra se volvió á México. Cortés, en carta dirigida al Emperador á 28 de Mayo de 1527, refiere que en el patache que arribó á Tehuantepec, iba por piloto un Ortuño de Alango" y que "luego como fué avisado de la venida deste navío, despachó para que se pusiese mucho recabdo en él, y á los que en el venian provellesen de todo lo que hubiesen menester así para sus personas como si para el navío trujesen alguna necesidad de reparo, y que si luego se quisiese hacer á la vela le proveyesen de todos los bastimentos necesarios para su viaje, por que el aportó á una provincia donde se le podia dar todo buen aviamiento, la cual está desta cibdad ciento é treinta leguas." Expone despues la oposicion que sufría de las autoridades de México en el intento de socorrer la armada de García Loiza, sin embargo de lo cual, determinaba enviar tres navíos que habia preparado á las órdenes de Alvaro Saavedra Ceron, y al fin concluye diciendo, que "por el mal recabdo é negligencia que hobo en su despacho, le echaron al traves (al patache), por que como estuvo ocho meses en aque puerto, comiose de broma, y luego despaché para que la gente que en habia de ir fuese en estotros:"² lo que demuestra que el navío del comendador, fué inutilizado á fines de Abril de 1527.

¹ Declaracion de Bocanegra en la causa de Cortés, t. 2, pág. 315. Vease tambien la carta de Cortés al rey de España en 11 de Setiembre de 1526. Cartas y Relaciones etc., pág. 375.

² Escritos sueltos de Hernando Cortés, págs. 157 y 159.

12.—Pero en Tehuantepec se continuaron construyendo embarcaciones, de modo que en 1529, Diego de Ocampo desde allí pudo hacer el viaje al Callao del Perú, siendo el primero que viajaba con ese rumbo. Cortés llevó á cabo otras expediciones desde el mismo puerto, como se dirá más adelante. En Oaxaca se ignora que hubiese hecho por entónces alguna otra cosa de importancia, y á principios de 1527 se hallaba ya en México de regreso; pero Márcos de Aguilar se ocupaba con interes de los pueblos de esta provincia. Para sujetar á los serranos rebeldes, envió á Gaspar Pacheco, comandante de las fuerzas españolas y mexicanas que juzgó suficientes, para dominar en fin á un enemigo tenaz que amenazaba sin cesar.

Desde la venida á Oaxaca de Cortés, á quien se habian sometido los caciques serranos inmediatos al valle, la guerra se habia concentrado á las agrias montañas de los mijes y netzichus. Un odio antiguo separaba á unos y otros pueblos: desde el incendio de Totontepec los mijes concibieron un resentimiento profundo, que no habia cicatrizado el tiempo y que prorumpia en hostilidades abiertas contra los zapotecas luego que se les presentaba la menor oportunidad. Por intervalos se reunian masas considerables de aquellos, las que sedientas de venganza se precipitaban como una avalancha sobre los últimos, talando las sementeras, incendiando los pueblos y derramando la sangre de sus enemigos, sin piedad. No se alejaban demasiado de sus montañas en estas correrías, y su fin principal era, segun parece, mantenerse libres del yugo zapoteca: hostilizaban para no ser hostilizados; sin embargo, chorreaba aún la sangre de sus últimas luchas segun asegura Burgoa, cuando los españoles llegaron, siendo tal acontecimiento nuevo motivo para el desacuerdo de ambos pueblos. Los zapotecas se unieron á los españoles, y los mijes los combatieron con tenacidad incansable. Cuando Cortés partió para las Hibuera, y otros militaron bajo las banderas de la rebelion; mas lue-

go que aquel caudillo regresó á México, la desuniou reapareció y las mútuas hostilidades continuaron como ántes.

A la llegada de Pacheco, los caciques zapotecas de la sierra procuraron granjearse su amistad, estimando útil la vecindad de los extranjeros, que tal vez los defenderian de los asaltos de aquellos terribles bandoleros. Pacheco hizo en efecto algunos esfuerzos para domar á los mijes; pero sus caballerías no podian acometer en impetuosa carrera; ni siquiera avanzar sin peligro en la montaña, en cuyas innumerables quiebras y profundos dobleces se perdian los españoles, sin encontrar á los indios sino cuando, embarazados por la configuracion del terreno, ningun daño podian causarles.

Una de las más poderosas armas de los españoles en esta guerra, fueron los lebreles adiestrados para la caza de los indios, á quienes seguian hasta sus cuevas despedazándolos como si fuesen fieras. Los perros de Pacheco estaban "tan acostumbrados á velar, dice Herrera en sus Décadas,¹ que no tomaban indio que no lo matasen y se lo comiesen, por estar muy cebados en ellos." Pero con este arte no era dominar el grueso del ejército enemigo lo que se conseguia, sino ejecutar crueles muertes en indios indefensos ó que se hubiesen desmandado fuera de las filas. A uno de éstos, espía del caudillo de los mijes, cogido por los españoles, se le ofreció la vida si declaraba en dónde estaba su cacique. Rehusándose el indio á declarar y no aprovechando promesas ni amenazas, Pacheco mandó soltar los perros que luego hicieron presa en él. Miéntras era despedazado y devorado por los perros, el indio los miraba y tranquilamente les decia: "Bravos, comed bien, que así me pintarán en la piel del tigre y se me contará entre los valientes, por no descubrir á mi señor." Pacheco ahorcó á muchos y torturó de varios modos á otros de los desgraciados que caian en sus manos, mas sin fruto, pues al morir los indios decian

¹ Herrera. Déc. 4, lib. 4, c. 7.

serenos: "que aquello era un sueño de que despertarían gozosos en la futura vida." ¹

Como pues las ventajas que por este medio se obtenían eran escasas en extremo, comprendiendo que por el indomable valor de los mijes y por las evidentes ventajas de sus inaccesibles posiciones, mejor que emprender una guerra á campo abierto, en que seguramente llevaría la peor parte, se debía preferir la formación de un presidio que contuviese las incursiones de los enemigos, con autorización del gobierno de México, adoptó en fin Pacheco la determinación que muchos años ántes había llevado á cabo Cosijoese por el rumbo de Quiéchapa, y fundó la Villa-alta.

Un día de San Ildefonso, por esta razón patron del pueblo, enarboló en la plaza el estandarte real, y elevando el escudo de sus armas, hizo que los indios de varias naciones allí reunidos, zapotecas, serranos, netzichus, mijes, chinantecas y guatinicamames, prestaran obediencia á los reyes católicos y se redujesen al gremio de la Iglesia. Claro es que aquellos indios, á que se quiso dar el carácter de representantes de todos los demás que no se hallaron presentes al acto, ni comprendieron la significación de la ceremonia, ni quedaron por ella convencidos de la verdad de la religión católica, ni mucho ménos cuidaron de permanecer sujetos á la monarquía española, sino en lo muy poco de que no podían librarse los que estaban bajo el inmediato dominio de la fuerza. Se repartieron luego solares entre treinta familias españolas y notable cantidad de mexicanos, que se establecieron al poniente de la villa, en los barrios llamados *Ixtlan* y *Analco*, que ellos fundaron. Estos indios, trabajadores industrioses, plantaron en torno de sus habitaciones jardines y huertos que les eran útiles, al mismo tiempo que les servían de agradable recreación. ²

¹ Herrera. Déc. 4, lib. 4, c. 7.

² Burgoa, Desc. Geog., 2ª parte, caps. 54 y siguientes.

13.—Pacheco regresó á México, en que á poco, por muerte de Aguilar, entró á gobernar Alonso de Estrada, quien deseando tener la gloria de pacificar las provincias de zapotecas y mijes, cosa que ninguno de sus antecesores había logrado, formó dos cuerpos de tropas: el uno, que contaba como cien soldados al mando de Barrios, debería invadir las sierras de Oaxaca, por las vertientes que se derraman á la costa del Norte; el otro, con otros cien soldados y diez caballos al mando de un Figuero, debería caminar por el valle de Oaxaca, dirigiéndose hácia el rumbo de Villa-alta. Barrios tuvo la suerte de los que le habían precedido en la misma empresa: subió á las montañas, avanzó algunas leguas en las cañadas y llegó hasta cerca de los Tiltepeques; pero la noche que ménos lo esperaba, los indios cayeron sobre su campo, tan repentinamente, que murió el capitán y otros siete soldados, quedando todos los demás heridos, "y si de presto no tomaran las de Villadiego, y se vinieran á acoger á unos pueblos de paz, todos murieran." ¹

No fué más feliz por su lado Figuero: era éste natural de Cáceres, antiguo capitán en España y amigo del tesorero Alonso de Estrada. Figuero fué autorizado para tener bajo sus órdenes á un Alonso de Herrera que desde la partida de Gaspar Pacheco había quedado gobernando en Villa-alta, por nombramiento del mismo Estrada y de Cortés: luego que llegó á la sierra, dió aviso á éste prescribiéndole que se avistase con él. De las explicaciones que se dieron resultó un desacuerdo tan completo, que ambos capitanes pusieron mano á las espadas, resultando herido Figuero y tres de sus soldados que quisieron favorecerlo. Considerando entónces Figuero que las sierras eran difíciles y los indios valientes; que sus tropas eran nuevas y poco acostumbradas á la guerra y que él mismo

¹ Bernal Diaz, c. 104.

tenia un brazo inútil á causa de las heridas que habia recibido de Alonso Herrera, cambió designio, y en lugar de proseguir la conquista de los mijes "acordó de andarse á desenterrar sepulturas de los enterramientos de los caciques de aquella provincia, porque en ellas halló cantidad de joyas de oro con que antiguamente tenian costumbre de se enterrar los principales de aquellos pueblos, y dióse tal maña, que sacó de ellos sobre cien mil pesos de oro, y con otras joyas que hubo de otros dos pueblos, acordó de dejar la conquista é pueblos en que estaba, y dexólos muy más de guerra á algunos dellos, que los halló, y fué á México y dende allí se iba á Castilla el Figuero con su oro."

Copié literalmente las anteriores líneas de Bernal Diaz, para que no se crea que exagero. La avaricia de muchos de los españoles de la conquista y de tiempos posteriores, causó males incontables en Oaxaca. Si hubiésemos de creer lo que nos cuentan algunos escritores, la península ibérica no hizo mas que derramar bienes á raudales en las Américas. Segun su decir, los tres siglos de dominacion española fueron una época de prosperidad constante, una edad de oro en que la tierra manaba leche y miel, y en que los habitantes del antiguo Anáhuac, henchidos de felicidad, no tenian motivo para desplegar los labios y proferir una sola queja. En semejantes materias, las proposiciones absolutas son por lo comun falsas. Confesemos que las leyes del gobierno colonial eran generalmente sábias y benéficas; mas no neguemos que su aplicacion no correspondía con frecuencia á la intencion de los legisladores. Confesemos igualmente que por sus nobles acciones se hicieron acreedores á una memoria inmortal muchos españoles, pues españoles fueron los sacerdotes que convirtieron al cristianismo á los indios, los redujeron á la vida civil y levantaron esos grandiosos monumentos que aún admiramos; pero no desconozcamos que con estos insignes bienhechores de la humanidad vinieron otros muchos, españoles tambien, movidos por ignominio-

sas pasiones, que recorrieron Oaxaca sedientos de oro, y que, como veremos despues, para satisfacer su avaricia, no se detuvieron en los medios, causando males irreparables. Ya en este tiempo, siete años despues de la conquista, muchos hacian trabajar á millares de indios en las minas, de los cuales hemos visto que perecieron cuatro mil en la insurreccion de Coatlan; otros los obligaban á trabajos excesivos en la agricultura á que se dedicaban cerca de los pueblos que les habian tocado en encomienda, adjudicándose porciones considerables de terreno, lo que dió origen á las actuales haciendas de Oaxaca. Además, estos encomenderos cometian otros mil géneros de abusos, haciéndose servir gratuitamente, extorsionando á sus encomendados con insoportables exacciones, y aun apoderándose de sus alhajas y de las semillas que tenian acopiadas para sustentarse. Ya se refirió lo que hizo D. Pedro de Alvarado con el infortunado cacique de Tututepec: muy de presumir es que igual licencia se permitieran otros en orden á los demás indios, pues veian el ejemplo que les daban sus caudillos. Finalmente, muchos, como Figuero, se dieron á desenterrar tesoros guardados en las sepulturas, lo que debe haber sido sumamente doloroso para los que veian profanar los cadáveres de sus queridos antepasados.

Figuero no logró el fruto de su singular industria. Poco despues de embarcado en Veracruz, un recio temporal dió al través con el buque en que navegaba: el oro fué al fondo del Océano y Figuero se ahogó. Los mijes quedaron en su rebelion. Los vecinos de Goatzacoalcos hicieron notables esfuerzos por dominarlos, y en efecto, los pueblos inmediatos á la villa del Espíritu Santo, que habian fundado los españoles, se daban de paz, miéntras duraba el invierno, empuñando las armas de nuevo luego que con las aguas los caminos se hacian difíciles y las tropas del gobierno quedaban imposibilitadas por esto para sujetarlos. Bernal Diaz dice que se quebrantó harto en aquella conquista en que

se halló por tres veces sin lograr nunca dominar la tierra por completo.

Alonso de Herrera quedó gobernando en Villa-alta, y aunque Estrada lo mandó aprehender, no lo consiguió por haberse refugiado en unas sierras muy ásperas. Un soldado que solía andar con él, fué cogido, y en pena de los delitos de Herrera, le cortaron una mano.

CAPITULO XII

PRINCIPIOS DEL CRISTIANISMO.

1. El Evangelio se empieza á predicar en Oaxaca.—2. Primer templo.—
3. Primeros religiosos que llegaron á Oaxaca.—4. Gonzalo Lucero.—
5. Se erigen formalmente la villa de Antequera y el primer convento de dominicos.—6. Se construyen navios en Tehuantepec.—7. Los dominicos defienden á los indios.—8. Ereccion de la ciudad de Antequera y del obispado.—9. El primer obispo que tuvo.—10. Trabajos apostólicos de Lucero.—11. Los dominicos en Tehuantepec.—12. Los dominicos en las mixtecas.

1.—La religion católica se propagaba lentamente entre los indios. Los conquistadores los despojaban de sus viejos simulacros, que se reducian á polvo si eran de barro, y eran cuidadosamente conservados si estaban formados de algun precioso metal; pero aquellas violencias poco aprovechaban para arrancar del corazon los sentimientos supersticiosos que habian nutrido desde su infancia los conquistados, quienes en secreto continuaban idolatrando. ¹ El primer sacer-

¹ Remesal, l. 6, c. 7, da una idea del modo con que propagaban el Evangelio los españoles. "Como no tenian, dice, puesto seguro, todo el recado de altar era portátil, y en una arquilla muy pequeña cabia, ara, cáliz, vinajeras, casulla y alba, cruz, candeleros y retablo. Este de ordinario era la imágen del glorioso apóstol Santiago, patron de España, en la forma que apareció al rey D. Alonso de Castilla en la batalla de Cla-